

Camarón: el manjar devastador

GREENPEACE MÉXICO

Los camarones, alguna vez considerados como un alimento de lujo por la mayoría de la gente, se encuentran cada vez más disponibles y al alcance de los bolsillos en los grandes mercados de consumo de Estados Unidos, Japón y la mayoría de los países europeos, en donde su demanda se ha incrementado enormemente. Pero, tras un delgado barniz de refinamiento culinario, yace oculta una historia de destrucción ambiental y trastornos sociales que pocos consumidores conocen.

Una parte importante de los camarones vendidos en los tres mercados principales del mundo son producidos en "granjas" que son verdaderas fábricas productoras intensivas, a escala industrial, que causan devastadores daños ecológicos, sobre todo en las zonas costeras de los países en vías de desarrollo donde las granjas camaronícolas están brotando como hongos. Los ecosistemas naturales que hasta ahora han proveído hábitat para una inmensa diversidad de flora y fauna, así como las condiciones de vida que sustentan a decenas de millones de habitantes de estas regiones, están siendo desplazados por el monocultivo de un producto de alto valor para los mercados de exportación (véase recuadro).

El costo real de "todo el camarón que usted pueda comer", que ofrecen los mercados estadounidenses, europeos o japoneses, es pagado por los pueblos pobres de las regiones costeras de países como la India, Bangladesh, Tailandia, Ecuador, Honduras y México. La riqueza generada de la noche a la mañana por la industria del camarón ha atraído ambiciosos inversionistas en todas las fases del proceso productivo, desde las puertas de las granjas hasta el plato del restaurante. Como reconoce la Organización para la Agricultura y la Alimentación de la ONU (FAO), en su informe de 1995 sobre el estado de la acuicultura mundial: "La inexorable expansión global del cultivo de camarón marino, generada por las demandas de mercado, las ganancias a corto plazo y el apoyo gubernamental debido al aumento de las exportaciones, ha traído consigo sistemas superintensivos, granjeros nómadas, conflictos ambientales y sociales, problemas de enfermedades y pérdida de calidad del agua y el derrumbe de la producción de algunos países."

El cultivo moderno del camarón ha causado tantos problemas ambientales y alteraciones sociales que una creciente ola de descontento ha hecho su aparición en Asia y América Latina, provocando confrontaciones violentas y, en algunos casos, la muerte de líderes locales que han tratado de defender sus modos de vida y subsistencia de la invasión de la camarón y cultura. La legitimidad y validez de estas críticas ha hecho que la comunidad internacional preste cada vez más atención al tema de la acuicultura de camarón. La creación de un Tribunal Internacional sobre el Camarón (The Shrimp Tribunal), en el marco de las sesiones de la Comisión para el Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas, llevadas a cabo en abril de 1996 en Nueva York, es un suceso especialmente importante en este proceso. El objetivo de este tribunal, convocado por varias organizaciones no gubernamentales, es el de proveer un foro de discusión abierto, donde los gobiernos, la

industria y los sectores sociales puedan presentar y debatir casos que muestren los efectos positivos y negativos del desarrollo de la pesca y la acuicultura del camarón alrededor del mundo.

La "huella ecológica" del camarón

Los camarones se crían en grandes estanques, que suelen ser de por lo menos un metro de profundidad, y los diques se construyen a mano o empleando maquinaria de excavación. Los estanques se colocan sobre una laguna de inundación natural, un área de cultivo de arroz, en parcelas inundadas u otras tierras agrícolas apropiadas, en planicies salinas costeras, o en sitios excavados luego de talar un manglar, a distancias que permitan bombear con facilidad el agua desde el mar o los esteros hacia las instalaciones de la granja camaronícola. Los estanques son fertilizados artificialmente con urea y superfosfato triple para estimular la producción natural de alimento, o bien se añaden directamente concentrados suplementarios. Con frecuencia se emplean ambas técnicas.

La camaronicultura emplea principalmente dos sistemas de cultivo: el extensivo y el intensivo. El sistema extensivo se caracteriza por una baja densidad de organismos por ciclo (1-3/m²), obtención de postlarva del medio natural, estanques muy grandes (39-150 h.) elaborados con bordos de tierra, alimentación proveniente de la productividad primaria del estanque, con poca o nula alimentación suplementaria, bajas tasas de recambio de agua (1-5% al día), muy poco o nulo control del manejo del cultivo y bajas producciones por hectárea (90-250 kg de peso vivo).

Las granjas modernas de camarón producen al menos dos cosechas anuales, pero para la mayoría de los inversionistas esto no es suficiente. Por ello, se vuelcan hacia técnicas intensivas y superintensivas para llevar la cría de camarón a su tamaño de mercado. Bajo este sistema, las postlarvas, capturadas en su hábitat silvestre o criadas en incubadoras, se hacinan en los estanques alcanzando densidades hasta cien veces mayores que las de los sistemas de menor producción. Debido a la alta densidad del camarón en los estanques, se necesitan grandes cantidades de alimento concentrado artificial, que se adquiere en forma de píldoras fabricadas a base de harina de pescado, soya u otros sustitutos proteínicos, muchos de los cuales no son consumidos por los camarones y terminan en el fondo del estanque, contaminando el agua y aumentando la necesidad de desaguar con frecuencia.

Como el camarón es particularmente sensible a la concentración de oxígeno disuelto en el agua, es necesario mantener los niveles en un punto favorable, por lo que los estanques deben ser lavados y desagüados frecuentemente. Los sistemas intensivos pueden necesitar ritmos de intercambio de agua de entre 10 y 55% diarios de su volumen, sólo para mantener la concentración de oxígeno por encima del nivel crítico. Esta demanda de agua representa una enorme carga para la dotación natural de aguas subterráneas, que se ven rápidamente mermadas. En el sur de Tailandia y en la India, por ejemplo, esta práctica ha producido escasez de agua para otros usos.

"Sopa" de camarón

Además, dadas las condiciones de hacinamiento, los sistemas intensivos son sumamente vulnerables a las enfermedades. En consecuencia, se usan enormes volúmenes de antibióticos como la terramicina, eritromicina y oxitetraciclina, y, a menudo, los operadores de las granjas bombean grandes cantidades de cloro y otros productos químicos tóxicos, como el malatión, paratión, azodin, paraquat, endosulfan y butaclor, a los estanques, en un esfuerzo por mantener la buena salud de la cosecha. Estos compuestos, aunados al excremento de los camarones, convierten el agua de desecho en una "sopa" sumamente tóxica, que suele bombearse de vuelta al ambiente circundante para ahorrar costos, contaminando las aguas costeras, los esteros y lagunas, las fuentes de agua dulce, la flora y fauna nativas y las comunidades adyacentes.

Con el fin de que los estanques camaronícolas mantengan su producción intensiva y sus altos beneficios, se necesita la transformación de todas las tierras circundantes. La camaronicultura, y otras mariculturas de peces de aleta, se ha convertido en una de las causas de destrucción más implacables de las últimas áreas de humedales costeros que quedan en el planeta. Los bosques de mangle son los ecosistemas más notables que han caído víctimas de la operación de granjas camaronícolas en Latinoamérica y Asia. El mangle es el equivalente costero del bosque lluvioso, un ecosistema irremplazable que contiene una increíble diversidad de especies de plantas y animales, y que se cuenta entre uno de los más productivos del mundo. La pérdida del manglar tiene como consecuencia la desestabilización de grandes zonas costeras, con efectos a veces desastrosos en las comunidades tradicionales que dependen de él. En Ecuador, por ejemplo, en veinte años, de 1968 a 1988, fueron destruidos hasta el 80% de los humedales costeros en las zonas donde proliferan las granjas camaronícolas. Ritmos de destrucción similarmente altos de manglares y otros tipos de humedales se han producido en Indonesia, Vietnam, Bangladesh, India y Honduras.

Tal vez lo más significativo de la conversión de ecosistemas costeros a zonas de monocultivo son los desastrosos efectos a largo plazo. El ciclo de vida de una granja de camaronicultura intensiva es de entre cinco y diez años, aunque muchas se ven obligadas a cerrar a los tres o cinco años, ahogadas por su propia contaminación. Una vez abandonada la granja, es caro y difícil, si no es que imposible, rehabilitar la tierra para cualquier otro propósito, debido a que el suelo queda demasiado salino como para cultivarse, por ejemplo.

Camaronicultura en México: extremar precauciones

México es considerado como un país privilegiado para el desarrollo de la camaronicultura, ya que cuenta con más de 300 mil hectáreas de tierras potencialmente aptas para el cultivo, así como condiciones climáticas favorables para el desarrollo de algunas especies altamente comerciales y, finalmente, por su cercanía con los Estados Unidos, el mayor consumidor de camarón en el mundo. Entre los principales estados aptos para esta actividad, destacan Sinaloa, Nayarit y Sonora, en el noroeste (69% de la superficie cultivable); Oaxaca y Chiapas en el sureste (19%); Veracruz, Campeche y Tamaulipas en el Golfo de México (9 por ciento).

A pesar de que en la década pasada el camarón contribuyó con el 70% de las divisas totales generadas por el sector pesquero, lo que colocó al país entre los diez primeros productores a nivel mundial, el desarrollo de la camaronicultura en México ha sido más bien errático y limitado: en 1985 se contaba apenas con dos granjas; para 1990 el número se había incrementado a 199, y en 1996, la cifra andaba en 130. Trámites burocráticos excesivos, conflictos por la tenencia de la tierra, falta de créditos, deficiencias administrativas en las empresas, carencia de postlarvas, escasez de laboratorios, problemas de alimento, mal manejo de las instalaciones, falta de vinculación entre los diferentes sectores involucrados en la actividad y carencia de una política definida que regule su desarrollo, son, entre otros, los principales problemas detectados por especialistas en el tema.

No obstante, la acuicultura, y especialmente el cultivo de camarón, está en la mira no sólo del gobierno mexicano sino también de organismos financieros internacionales como el Banco Mundial* con el objeto de promover fuertemente esta actividad, para generar, al mismo tiempo, empleos y captación de divisas. A su favor juegan también la insaciable demanda del mercado, sobre todo del estadounidense, y la tendencia de los poderosos inversionistas asiáticos a emigrar de sus devastadas tierras originarias, para instalarse en las costas vírgenes de países latinoamericanos (que, al parecer, sería el caso de los intereses detrás de los proyectos que intentan instalarse en Chiapas).

La aparente década "de retraso" que existe, por ejemplo, entre las industrias camaronícolas de Ecuador, primer productor de la región, y México, podría jugar a favor de los ecosistemas del país si ante lo que parece una inevitable expansión de la camaronicultura, el gobierno mexicano despliega una política que, tomando en cuenta las experiencias ambientalmente negativas de los países donde el cultivo de camarón ha dejado una estela de destrucción ecológica y conflictos sociales, ponga énfasis en la protección de los recursos naturales y en los derechos de las comunidades nativas. Esto, por desgracia, no parece ser lo que está ocurriendo actualmente. Personas involucradas en la camaronicultura, consultadas por Greenpeace, coincidieron en señalar que el desempeño tanto de la Secretaría del Medio Ambiente, Recursos Naturales y Pesca, como del Instituto Nacional de Ecología, presenta serias deficiencias. Destacan el hecho de que el INE no cuenta con personal capacitado o suficiente para evaluar los manifiestos de impacto ambiental que presentan las granjas, ni para inspeccionar los proyectos, lo que al final perjudica no sólo a quienes pretenden desarrollar esta actividad, sino también al ambiente.

La discusión en torno al desarrollo intensivo de la camaronicultura en las costas mexicanas está en una etapa temprana, pero no por ello se carece de elementos que obliguen a tomarla, como se ha visto, muy en serio.